



TEATRO LARA

Zaragüeta.

COMEDIA EN DOS ACTOS Y EN PROSA

Estrenada el día 14 de Febrero de 1894.



D. Miguel Ramos Carrión.



D. Vital Aza.

AUTORES DE LA OBRA

SUMARIO

TEXTO: Advertencia.—De todo un poco, por Luis Taboada.—Donde menos se piensa..., por José Estremera.—El corchete, por Angel R. Chaves.—El hambriento y el..., por Juan Pérez Zúñiga.—La escala completa, por José Jackson Veyan.—Don Gotrán, por Eduardo de Palacio.—Sonetos, por Constantino Gil.—Ley natural, por Luis de Ansorena.—En campaña, por Sinesio Delgado.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Teatro Lara: D. Miguel Ramos Carrión y D. Vital Aza, autores de la comedia *Zaragüeta* (fotografías).—Los ocupados (dos viñetas), por Cilla.—El coco, fotografías de Napoleón (cinco viñetas).—D. Gotrán (dos viñetas).—*Zaragüeta* (once viñetas).—Sonetos (tres viñetas).—Ley natural (cuatro viñetas).—El corto de vista (cuatro viñetas), por Cilla.

ADVERTENCIA

Como verán ustedes, acompaña al presente número un Suplemento de cuatro páginas, cuajado de fotografías materialmente, en celebración del éxito obtenido en Lara por nuestros amigos Miguel Ramos Carrión y Vital Aza.

Este Suplemento es el primero de una serie que nos proponemos publicar siempre que algún acontecimiento teatral ó de otra índole lo requiera.

Y ¡pásmense ustedes! lo maravilloso es que, á pesar de las cuatro páginas de aumento, el número se considera como ordinario y cuesta exactamente lo mismo que los demás.

Es decir, que los vendedores no podrán exigir más de los quince céntimos de costumbre.

Hecho este aviso, que era lo que me proponía, queda siempre de ustedes seguro servidor, q. b. s. m.,

EL ADMINISTRADOR.



DE TODO UN POCO

Con motivo del brillante éxito que obtuvo el miércoles en Lara la comedia de Vital y Ramos, *Zaragüeta*, todas las noches acuden al antiguo café de las Columnas, de la Puerta del Sol, los admiradores de ambos caballeros, porque han sabido que á última hora van éstos á tomar allí el dulce chocolate.

La mesa en que verifican esta operación vese asaltada por una falange de personas vehementes que les tributan elogios, les bailan el agua, como suele decirse, y les ocasionan dolores de cabeza.

No hay felicidad posible en esta vida. Todo triunfo teatral trae consigo muchas molestias; y Ramos y Vital tienen hoy que vivir rodeados de admiradores que les abrazan, les soban, les ofrecen pitillos... y les piden butacas para la familia.

La otra noche fuí al café y allí estaba Ramos padeciendo bajo la conversación insoportable de un admirador suyo, maestro de obras, fusionista, que le había echado el brazo por encima del cuello y le estrechaba contra su corazón, diciéndole con acento cariñoso:

—Vale usted mucho, D. Miguel: ¡pero muuuucho! Tiene usted más talento que Sagasta.

Vital, á su vez, soportaba pacientemente los achuchones de cierto paisano que le daba golpes en el pecho con el puño cerrado y le tiraba de las barbas y le hacía cosquillas en el cogote con un lapicero. Ni el uno ni el otro autor podían tomar el chocolate con tranquilidad, y todo se les volvía dirigir los ojos al cielo y suspirar hondamente, como si quisieran decir:

—¡Dios mío! ¿Por qué habremos compuesto esa comedia tan bonita?

Hoy son Vital Aza y Ramos Carrión las víctimas propiciatorias del entusiasmo público. Hace pocos días que pasaba por este duro trance Pérez Galdós; pero éste, poco comunicativo, ha logrado que le

dejaran en paz los admiradores antes de las veinticuatro horas siguientes á la representación de su comedia.

Ricardo de la Vega y Tomás Bretón sufren también las consecuencias de su reciente triunfo en Apolo. Pero el que vive en constante persecución y en perpetua lisonja es D. José Echegaray, temperamento pacífico, á quien asaltan en la calle sus idólatras, para decirle lindezas y preguntarle todo aquello que no les importa.

—¿Qué está usted escribiendo estos días?

—Nada. Estos días descanso.

—Hace usted mal; usted no debe estar ocioso, porque eso sería un crimen de lesa dramática... Voy á acompañarle á usted hasta su domicilio.

—Gracias. No se moleste.

—¿Molestarme? Todo lo contrario; sería una honra para mí...

¿Conque tiene usted una obra en ensayo? Lo han dicho los periódicos. ¿Será buena, eh?

—¡Pchs!

—Vamos, ¡no sea usted modesto! ¿Quiere usted fumar?

—No fumo puro.

—¿Que no? Este no me desprecia usted.

—Pero si....

—Ea, ¡á encenderlo!

Y D. José, que no sabe decir que no, y tiene la práctica de soportar *lateros* más ó menos científico-literatos, se fuma el puro y pasa unos momentos horribles.

—Créame usted—me decía en cierta ocasión,—hay admiradores que abruma. Tengo uno que va casi todas las mañanas á mi casa, para enterarse de mi salud y leerme sus producciones. Yo no sé qué hacer con ese pícaro, ni cómo sustraerme á su persecución. Cuando le dicen que estoy durmiendo, se queda en el pasillo hablando con la criada y haciéndole grandes elogios de mis comedias. Después, en cuanto tiene ocasión, se introduce en mi despacho y allí se está las horas muertas tributándome loores, sin dejar hacer la limpieza.

Yo creo que los seres importantes son menos felices que nosotros los que no tenemos admiradores ni levita negra. El mismo don José ha referido recientemente lo que le pasó el verano último, cuando se dirigía á Barcelona para asistir al estreno de *Mariana*.

Entró en un coche del ferrocarril y tropezó manos á boca con un caballero que le dijo arrojándose en sus brazos:

—¡Por fin! ¡Por fin tengo la dicha de saludar á usted y de expresarle mi admiración y mi respeto! ¿Va usted á Barcelona? Yo también. ¡Qué suerte para mí la de viajar en compañía del eminente autor dramático!

Don José correspondió á aquellas frases con otras corteses, y trató de apoyar la cabeza en el almohadón para ver si dormía un par de horas. ¡Inutil afán! El caballero continuó charlando sin darse punto de reposo.

—Yo, en sabiendo que estrena usted una obra, ya me tiene usted en el teatro aunque haya que pagar cinco duros por una butaca. ¡Qué talento el de usted! ¡Qué cosa tan admirable!...

—Me juzga usted con excesiva benevolencia.

—No, señor: es justicia, justicia nada más. Yo soy muy franco, y puedo asegurar á usted que nunca digo más de lo que siento. Usted tiene obras que me admiran, que me subyugan, que me avasallan, digamoslo así. Hay otras que, á pesar de la opinión general, no me parecen tan buenas.

—No lo dudo.

—¿Cuál cree usted que es la obra suya que más admiro?

—Lo ignoro.

—Vamos, échese usted á pensar.

—¿*En el seno de la muerte*?

—No, señor.

—¿*El gran galeoto*?

—Tampoco.

—¿*Ó locura ó santidad*?

—Nada; no acierta. La obra mejor de cuantas ha hecho usted es, en mi concepto...

—¿Cuál?

—*La pata de cabra*.

Don José no ha salido todavía de su asombro y cree, como yo, que la mayor parte de los admiradores no saben dónde tienen el cerebro... ni la mano derecha.

Luis Taboada.

LOS OCUPADOS



—Hija mía, mi mayor placer sería quedarme en casa; pero los hombres de negocios siempre tenemos el tiempo tasado. Esta noche, por ejemplo, ¿no sabes tú lo que tengo que hacer esta noche!



—Pues señor, llevo dos horas en el café y me estoy aburriendo un poco. Pero ¿qué voy á hacer? ¿A no ser que me entretenga en dar vueltecitas por las calles contemplando los escaparates de las tiendas!



DONDE MENOS SE PIENSA...

I

—Para evitar los malos pensamientos, no escuches á los hombres, que, sólo al mal atentos, con frases engañosas te robarán la calma y te dirán mil cosas que al fuego eterno arrojarán tu alma. Una palabra inútil, una sonrisa fútil para un amante tierno, son cargas con que entráis en el infierno y que ponen al diablo furibundo.
—Padre, si es cierta esa pintura horrible, parece poco menos que imposible ganar la gloria eterna en este mundo.

II

—Sí, señor, me levanto temprano, á misa de alba voy, donde no hay gente, y así, yendo á la iglesia solamente ver á los mozos del lugar evito. Después á casa; emprendo mis labores y me pongo á fregar si es necesario; luego doy de comer á mi canario, limpio la codorniz, riego las flores...
—¿Ves cómo la virtud no es tan horrible y ganar aquí el cielo es muy posible?

III

—Padre, yo bien decía que aquí no se podía ganar el paraíso, ¡ay de mí triste!
—¿Cómo! ¿Ya le perdiste?
—Sí, señor.

—Pues ¿qué es eso, desdichada?
—Que estoy enamorada.
—¿No habrás hecho la vida que solías!
—Fuí á la iglesia no más todos los días.
—Entonces, ¿cómo es eso?
—Es que en la misma iglesia perdí el seso.
—¿Allí! ¿No puede ser!

—Aunque le asombre, allí me enamoré.

—No vi que oyera ningún hombre jamás misa primera.
—¿Ay, señor cura! ¿El sacristán no es hombre?

José Estremera.



El corchete.

(BOCETO DE HACE DOS SIGLOS)

El diablo, diablo como era, no quiso alguacilar.

(QUEVEDO.)

«Yo, que huyendo de la penna soñé con ser ministril, creyendo tener la espalda libre de ronchas así; yo, que al querer la carrera paso por paso seguir, no sólo gané en lo airoso al mes que precede á Abril, sino que, envidia de fuelles, hubo quien dijo de mí que maté á soplos personas como el aire de Madrid; yo, que cartujo del potro, aunque seis vueltas sufrí sin dar una sola letra al golilla que escribir, cantando: «¡Esta es la justicia!...» más de un año ensordecí el lamentar del paciente y el rebuznar del rocín, hoy, que á fuerza de trabajos alguacilar conseguí, encuentro que es ser corchete tener el alma en un tris. Hay una riña, me manda el deber meterme allí, y aunque nunca llegue á tiempo lance alguno de impedir, hechas francas amistades, en cuanto ven mi perfil, no hay de tirios y troyanos palo que no caiga en mí. Capeadores y rufianes busco á moco de candil, y aunque abundan en la corte más que el azafrán romí, bribón á que yo eche mano probará al cabo y al fin que en el *Flox sanctorum* puede puesto escogido elegir. En cambio, en habiendo empeño en coger á un infeliz, como yo sus huellas siga volará más que neblí. Si hay cuchilladas, alguna da de juro en mi cerviz; si hallo en una calle herido, expira al llegar yo allí; si mi honradez, puesta en duda, alguien pretende rendir, tomaré un canto rodado, tomar creyendo un zafir; y si entro, venciendo el miedo, en cualquier zaquizamí, el más probado gallina se volverá, al verme, Cid. Es más, si en fiesta de toros doy la llave del toril, no hay fiera que por comerme no ponga prisa en salir. Si hay cohecho, y el cohecho

no presenta buen cariz, ya habrá quien hacerme quiera purgar lo que no comí, y si en procesión ó en auto muestro mi cuerpo gentil, lloverán mazas y piedras los chiquillos sobre mí. Ahora, lo triste del caso es que en este oficio ruin, en España con más suerte no hallarás uno entre mil; pues por más que de nosotros pestes dé el vulgo en decir, desde aquel que empuña el cetro al último zascandil, no hay nadie ya á quien se oculte que en no tocando á sufrir palos, ni á nada ni á nadie, es útil un alguacil.»

* * *

Poniendo la cara fosca y en la mano el espadín, pretendiendo hacer el miedo pasar por valor así, de este modo lamentaba, en cierta noche de Abril, noviciados de corchete un porquerón aprendiz.

Angel R. Chaves.



EL HAMBRIENTO Y EL...

—¡Hola, Blanco!
—¡Adiós, González!
¿Cómo estás?
—No tengo un cuarto, y estoy, como es consiguiente, con un apetito bárbaro.
—Lo siento; mas no eres sólo quien pasa horribles trabajos.
—¿Tú también?
—También yo sufro.
—¿Y cómo?
—Voy á contártelo.
Tú sabes que mi *costilla* ya es un *jamón* por los años. Pues bien, hay un *pollo* imberbe que la hace el amor.
—¿Canastos!
No se le ocurre al que asó la *manteca*, amigo Blanco. ¡Pero por qué trances *pasas!*... Estoy oyéndote extático; porque la noticia es de esas que á uno le dejan *helado*.
—Mi mujer, ann con la risa del *conejo* y aun con rasgos que acusan su buena *pasta*, me es infiel... Sí; la he *pescado* con Paco *Orejón*.
—¡Bien puedes mandarla á freir *espárragos!*
—Al galán, que parecía un *palomino* atontado, le pegué tantos *capones* que en menos que canta un *gallo* le puse como una *breva*; y sin cesar de echar *ajos*, cogí á mi media *naranja* y ella fué quien pagó el *pato*, pues lo que hice con él, solo fué *tortas* y *pan* pintado para lo que hice con ella, y eso que soy un *pedazo de atún*. ¡Cómo no he de serlo cuando la dije al casarnos:

«Contigo *pan* y *cebolla!*»
¡Qué *melón* fuí, cielo santo! Ella y él, dándose *pisto*, se han ido á vivir á *Al-magro*, y allí, pelando la *pava*, me pondrán á cada paso como hoja de *perejil* aquellos dos des-*lenguados*, que me la han dado con *queso*.
—Chico, bien dice San Pablo que donde menos se piensa salta la *liebre*, y no hay cuatro mujeres en todo el mundo que valgan juntas un *rábano*.
—Aunque hicimos buenas *migas* dos ó tres meses, al cabo vino el belén. La *manzana* de la discordia fué Paco, y, en fin, carne de *gallina* se me pone al recordarlo; ello fué que, en vez de darle *calabazas*, le hizo caso, gracias á una *criadilla* que entró en casa hace dos años y que me dió la *castaña*, pues era *dulce* su trato. Haciéndola el *caldo gordo* estuvo *Orejón*... y vamos, la plaga de la *langosta* no hace en las plantas más daño.
—Hombre, será más el ruido que las *nucce*s.
—No es exacto. Si tú no ves la *tostada*, yo la veo demasiado. Ahora bien, ven acá tú, que eres, aunque hambriento, franco, y dime qué es lo que encuentras en todo lo relatado.
—¿Qué he de encontrar? ¡Un almuerzo!
—¿Y qué harías en mi caso?
—Que me guisaran al punto todo lo que hemos hablado.

Juan Pérez Zúñiga.

El coco.

(FOTOGRAFÍAS DE NAPOLEÓN)



—¡Qué feo es!... ¡qué cara tan negra! ¡qué rabo tan largo!



Me parece que he oído así como un bufido...



¡Y se mueven las cortinas!



¡Ay, mamá! ¡Que me quiere llevar el coco! ¡Mamá, mamá!



No era nada. ¡Qué tonto soy! ¡Pues no soñaba que venía el coco.

La escala completa.

Por desgracia, no aprendí á tocar ni un instrumento, pero tengo el *sentimiento músico* dentro de mí.

Y, aunque no sé ni una nota, cuando me siento al piano, sé tocar *con una mano* la *Marsellesa* y la *Jota*.

Puse un empeño indecible en saberme acompañar, y no lo pude lograr.

¡Tengo una izquierda imposible! Como esa pícara mano me priva de mi afición, á mi prima Encarnación le hice que estudiara piano.

Es una necesidad la música en la mujer, y todas deben saber tocar algo en sociedad.

El oído me regala desde el invierno pasado, y en un año, no he logrado oírle hacer una escala.

«Escala completa! ¡Quiál! Sólo cinco notas toca. ¡En el *sol* se vuelve loca,

se pierde, y no llega al *la!*

Me está dando cada día una *lata musical*.

¡Cuidado que lo hace mal la dichosa prima mía!

Ayer, paseaba yo aburrido por la sala, cuando una sonora escala hasta mi oído llegó.

«¡Por fin le luce el trabajo, dije, y el tiempo aprovecha!» Una escala muy bien hecha *hacia arriba* y *hacia abajo*.

¡Las siete notas! ¡Las siete sonaron con precisión! y buscando á Encarnación me metí en el gabinete.

¡Ilusiones insensatas de un primo más insensato! ¡El de la escala era el gato, que tocaba á *cuatro patas!*

Y parece que el ladino, del blanco teclado encima, decía... «¡Díle á tu prima que aprenda de su *minino!*

José Jackson Veyan.



Don Gotrán

(CRÓNICA DE LA EDAD MEDIANA.)

Era noche en el castillo.

El reloj de la casa ayuntamiento de la villa próxima, situada á 125 kilos, cantaba las doce.

En medio del silencio, no se oía ni el vuelo de una mosca.

Nevaba como pudo el día del estreno de la nieve.

No habrá que decir que esto ocurría en invierno.

Pero invierno crudo y persistente.

Al reflejo de la escasa luz en la blanca alfombra, se veía ó se adivinaba el castillo de D. Gotrán, señor de cuanto abarcaba la vista en aquella comarca, hombre que frisaba ó que corniseaba en los cuarenta años, aunque bien conservado, á pesar de la vida desenfundada que había llevado en su juventud.

Poderoso y sin más ley que su capricho, ni conocía otro señor que su voluntad virgen y mártir, ni respetaba al monarca de Castilla, á la sazón Enrique III, de quien se burlaba diciendo que «andaba mal de ropa.»

¡Pobre Enriquillo!

¡El, tan bueno, tan infeliz, verse obligado á llevar el gabán ruso á una casa de préstamos!

El conde D. Gotrán había heredado de su padre el señorío y las pingües rentas y los vasallos, sobre los cuales ejercía, no ya todos los derechos imaginables, sino todos los abusos, desde el de vida y hacienda, hasta el de pernada ó patada, sin distinción de sexos ni edades.

(Aunque, como queda dicho, esto ocurría en la Edad Mediana.)

Llegado á los cuarenta años, el conde pensó en buscar esposa, harto ya de caricias de pago y de ternezas de parientes de sus vasallos y de tratar solamente con sus escuderos y criados domésticos ó rurales.

Y como era hombre de buena estrella, proporcionóle ésta una esposa que no se merecía el ya entrecano conde.

Luz, hermosísima doncella, si bien alcarreña, hija del rico home ruler de Jadraque, D. Tello, y de madre anónima.

Concertaron las bodas ambos caballeros, y con tal magnificencia como nunca se había sospechado siquiera en aquellos pueblos verificóse la ceremonia.

Concurrieron á los festejos, que duraron quince días y quince noches, y hubo toros y cañas, y bailes y farsas y mogigangas, y el vino corrió por aquellas campiñas, como para inundarlas, y los pobres divertían sus ocios, un mes después de las fiestas, «apedreándose» con libretas y chorizos, y chuletas y frutas exquisitas.

Los recién casados pasaron la luna de miel en el castillo; porque aún no estaba terminado el ferrocarril del Norte de España.

Y aunque bien hubieran querido visitar á París, para hacerse ropas y armaduras, tuvieron que desistir de sus deseos.

El castillo del conde D. Gotrán era edificio inmenso é inexpugnable.

Todas sus fachadas daban al campo, aunque á diferentes vientos, por verda-

deras valentías artísticas del constructor.

Amurallado y almenado en todos sus ángulos y en todos sus lienzos, y rodeado por un precipicio que le servía de foso, intentar asaltarle habría sido locura manifiesta.

El color de la piedra, la majestad del conjunto, la soledad de aquellos sitios, todo era allí severo, triste y aun casi pavoroso.

Pero, en cambio, dentro del castillo todo era lujo y alegría.

El conde se sentía locamente enamorado de su esposa.

Pero Luz abrigaba presentimientos siniestros.

Su educación, nada sólida ni rigurosa, había engendrado, metafóricamente hablando, en la hermosísima joven supersticiones y melancolías injustificables.

—¿No eres feliz?—le preguntaba el amante Gotrán.

Y ella respondía tímidamente:

—Sí, muy feliz, mucho.

—Pero esa tristeza, Luz mía...—objetaba el caballero, estrechando entre sus nervudos brazos á su esposa.—¡Luz, Luz, Luz!—repetía el conde, como enjugándose la boca con aquel nombre.

Era de noche en el castillo cuando ocurrió lo que vamos á narrar.

Noche de invierno.

Es decir, media noche, puesto que eran las doce.

Luz se había retirado á su camarín, y el conde quedó solo en su camaranchón ú despacho.

No se oía sino el chirrido estentóreo del buho y de la lechuza que rondaban durante la noche aquellos sitios.

Pero de pronto resonó en el espacio una melodía dulce y plañidera.

Era indudablemente una guitarra.

Después se oyó una voz como un suspiro prolongado.

Era un trovador, seguramente.

El conde sintió que se le agelapaba la sangre de sus mayores en la cabeza.

Escuchó y oyó claramente una trova amorosa.

Era á ella, á Luz, sin duda.

Pero ¿quién se atrevía á tanto?

¿Quién burlaba así á los ballesteros que guarnecían el castillo?

¿Quién se atrevía á no temer al conde Gotrán?

Ciego por la ira, salió de su habitación y se dirigió á la de su esposa.

Empujó violentamente la puerta y saltó la cerradura.

D.^a Luz no pudo contener esta exclamación candorosa:

—¡Qué bruto!

El conde se precipitó hacia la ventana, que estaba abierta.

Luz lanzó un grito y corrió á detener al conde.

Pero éste, cuchillo en mano, asomó, y viendo una escala pendiente del muro, la cortó en dos tajos.

En seguida se oyó un golpe en el fondo del precipicio y un ¡ay! lastimero.

Luz cayó sin sentido en el suelo.

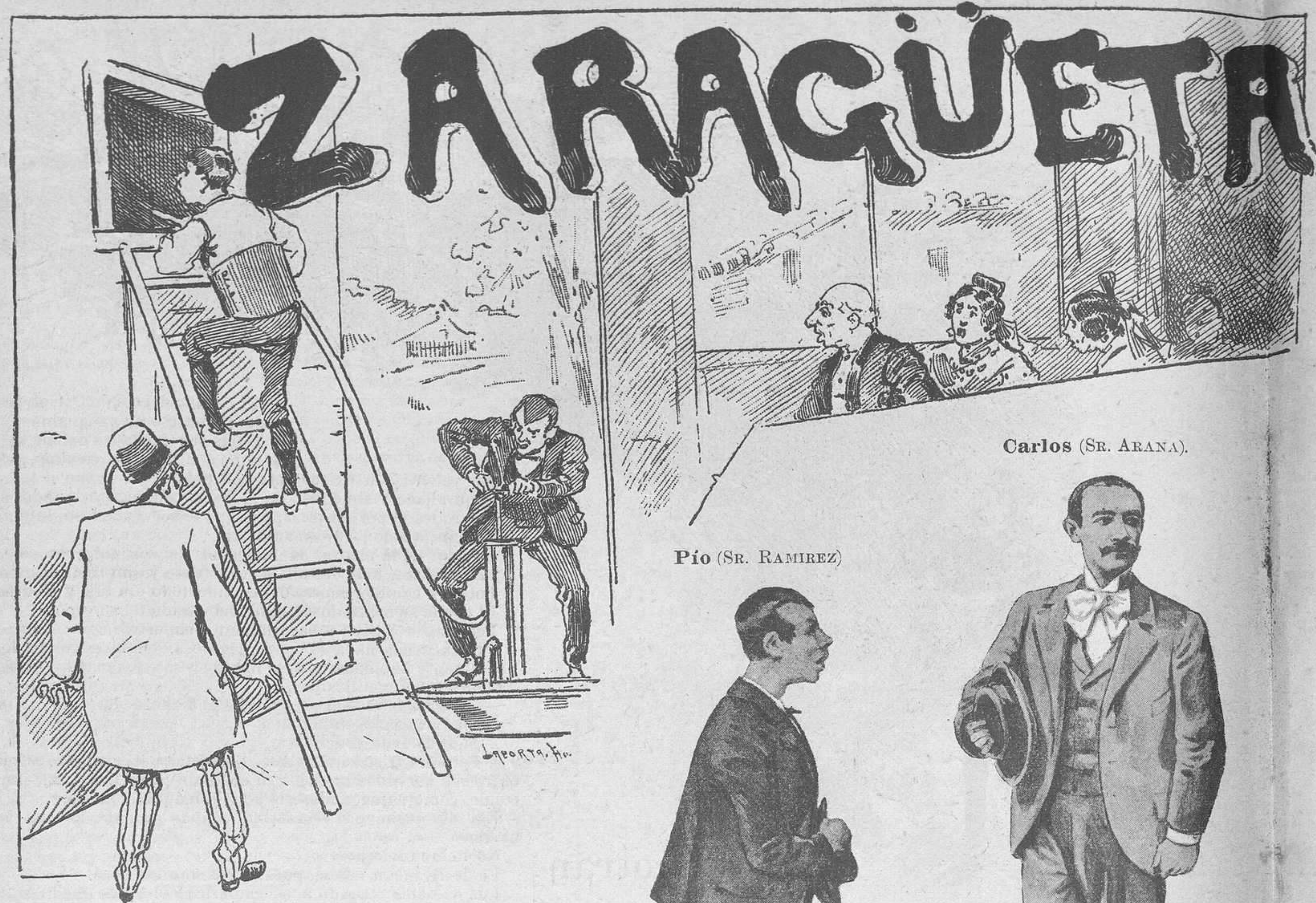
—¡El infame ha muerto!—rugió Gotrán.—Y ahora tú.

Y, blandiendo el cuchillo, le sepultó de un solo golpe en el corazón y demás vísceras de la bellísima Luz.

Cuando ésta quiso volver en sí, ya había exhalado el postrer suspiro.

Eduardo de Palacio.





D.^a Dolores (SRA. VALVERDE).



—¡Me ha dado Dios unas manos para cuidar enfermos!... Yo gozo con estas cosas, es decir, tanto como gozar no, pero en fin...

Pío (SR. RAMIREZ)

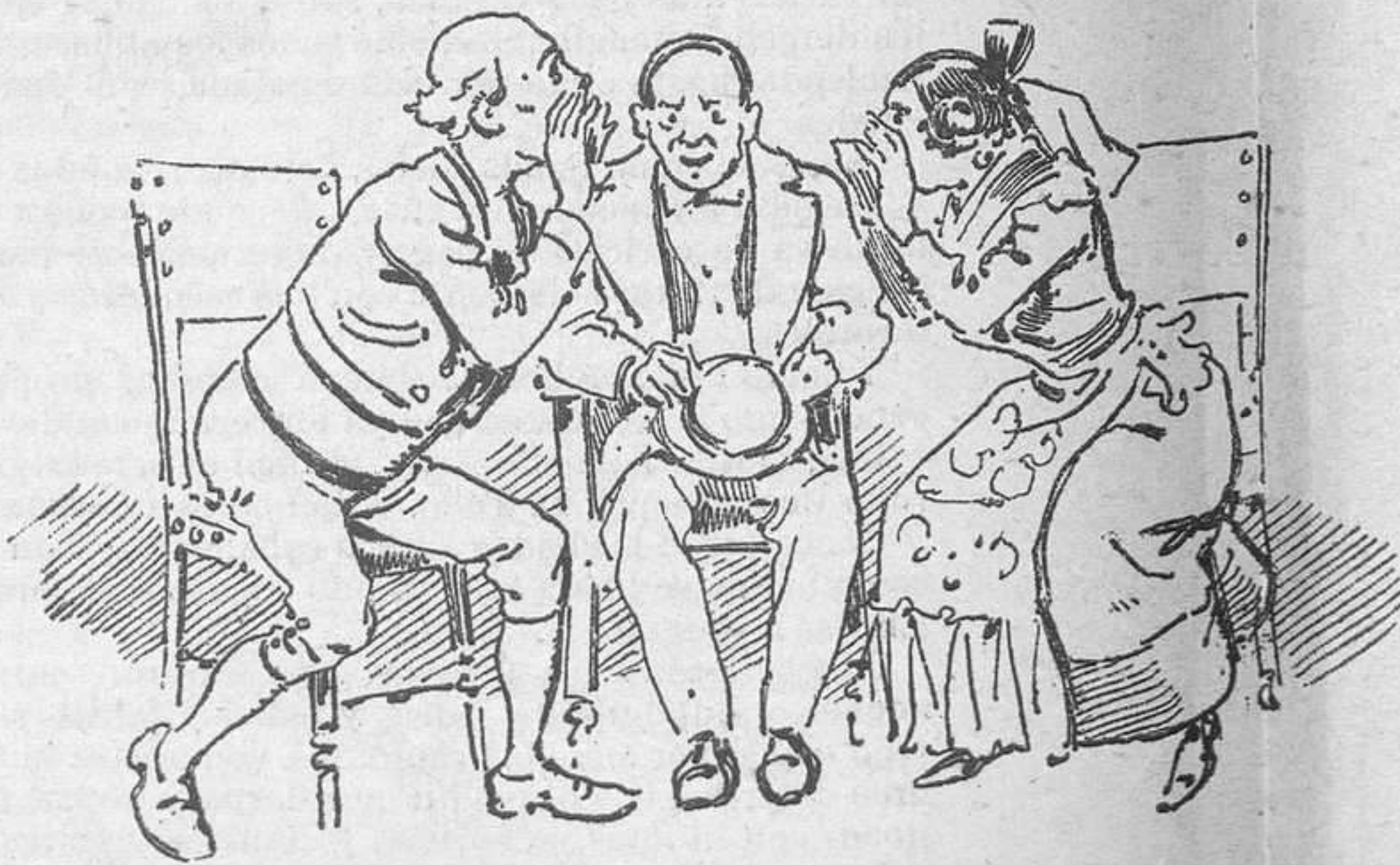


—Pues señor, yo me marcharía de buena gana a oír la misa de diez, pero como mi madre se empeña en que esté aquí todo el tiempo posible...

Carlos (SR. ARANA).



—Y así un día y otro, hasta que al fin dice uno: al viuducto ó a engañar a los tios. Y yo me he decidido por lo segundo.

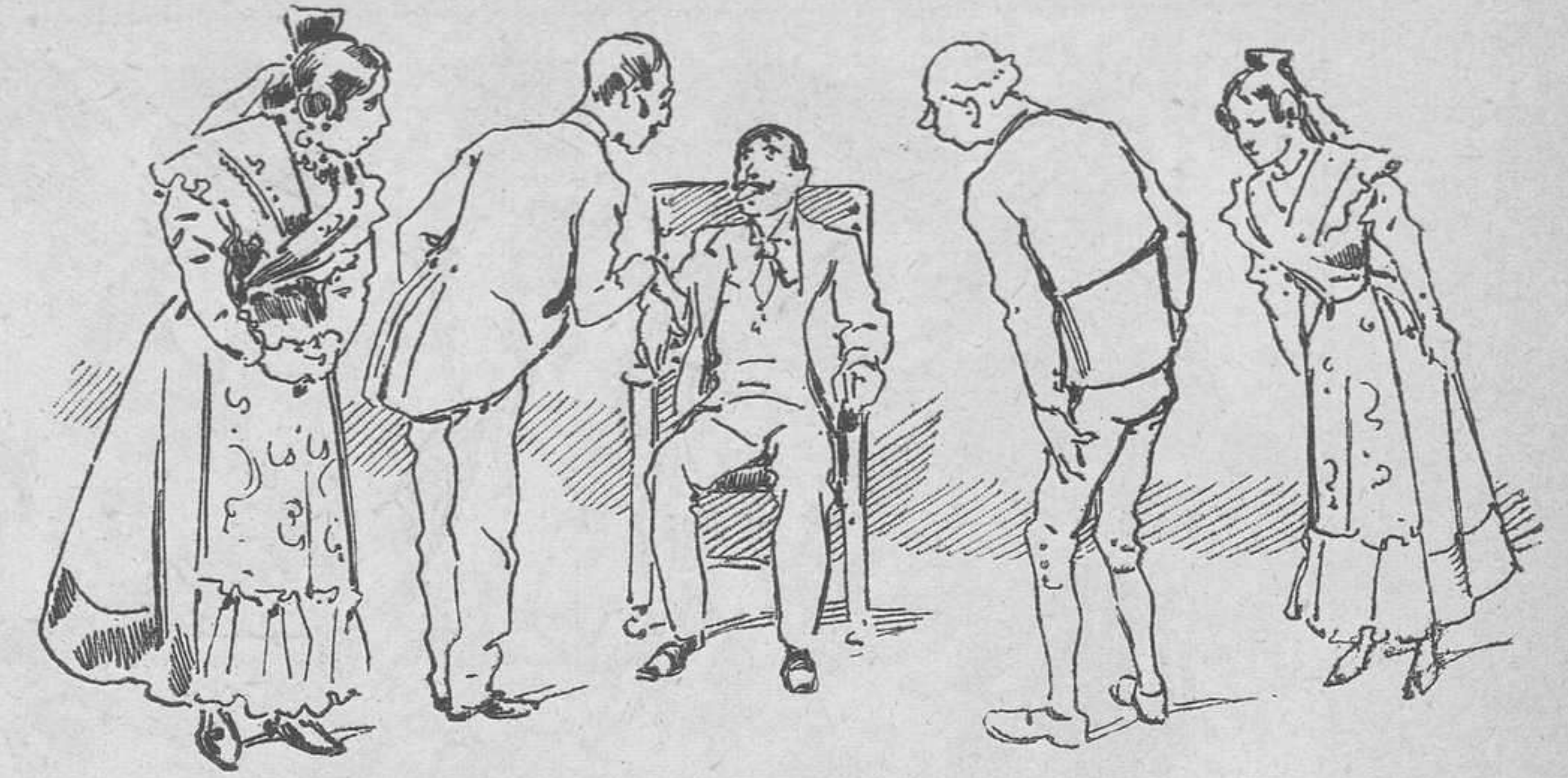


—¿Quién es usted?
—¿Cómo?
—¡Que quien es ustedeeed!...

D. Indalecio (SR. ROSSELL).



—¿Se acabó ya el roscón aquel que nos mandaron las Capuchinas de Salamanca? ¡Hay roscones que no debían acabarse nunca!



—A ver la lengua. ¡(Malol)
—¿Qué?
—(De color de chocolate. ¡No me gusta este síntoma!)

D. Saturio (SR. LARRA).



—Amante del progreso como el que más, em, .eo en más clientes la hidrotterapia, la electroterapia y la aeroterapia...
—... todas las terapias.

Zaragüeta (SR. SANTIAGO).



—¿Cómo me recibirán aquí? Mal, como en todas partes; pero no hay más remedio. Si no tomo esta determinación me quedo sin los cu artos.



—Me ha propuesto que le diga yo a doña Blasa que no puedo aceptar las relaciones con su hijo, porque... porque estoy comprometida contigo...
—¡...!

Maruja (SRA. PINO).



—¡A que resulta que está enamorado de mí este muchacho? Y bien mirado no es feo. ¡Qué ha de ser! Si vistiera de otro modo y se dejara la barba...



III

Dos jóvenes amantes, en Florencia,
por no sé qué razones, se mataron,
y en vez de condenarse, se salvaron,
porque Dios es así, todo clemencia.

Una vez en el cielo, por prudencia,
á diferentes coros los llevaron;
á ellas, entre las monjitas la dejaron,
y á él, entre los doctores de la ciencia.

Un día, un querubín, de alas brillantes,
les preguntó:—¿Qué tal? Y á voz en cuello
contestaron al par los dos amantes:

—¡Ay! Mejor que en el mundo. ¡Esto es tan bello!
pero aquí nos han puesto tan distantes
que, la verdad, nos gusta más aquello.

Constantino Gil.

¿Ves el grano de trigo, que da vida
dándole blanco pan al que lo entierra?
Eso fui yo, para esa maldecida.

La mujer, casi siempre, es una perra,
que, por lo menos, saca la comida
del tonto, á quien sepulta bajo tierra.

Sonetos.

I

Perdido y arruinado por completo
por cierta sevillana muy famosa,
me decía un Tenorio en Panticosa,
hecho ya el pobrecito un esqueleto:

—Mira, voy á contártelo en secreto.
La Pepa no es mujer, es cualquier cosa.
Mientras tuve dinero, ¡qué amorosa!
pero ¡ay! no tuve, y me faltó al respeto.



II

Era al oscurecer. Ella temblaba,
y entre largos sollozos refería
una historia de amor, que enardecía
al viejo confesor que la escuchaba.

Todo en silencio en la capilla estaba:
sólo á intervalos el rumor se oía
del mundo que en la calle se reía
y del llanto que dentro contestaba.

—¡No! ¡no puedo absolverte!—rugió el cura,
y sacando una mano, toda hueso,
—¡Vete,—le dijo,—pobre criatura!

Pero ella la estrechó; sintióse él preso,
vió acercarse los labios de la impura,
y... la absolvió, porque le diera el beso.





Ley natural.

Medio acostada en un rincón del coche, Margarita fijaba sus ojos en Gabriel, sentado en el rincón de enfrente, pensando que lo que la sucedía era muy triste... Habíase casado á los veinte años, llevaba dos de matrimonio; encontrábase, pues, en la plenitud de sus fuerzas físicas y morales, y para el caso como si se hubiera encerrado en un convento... Peor aún. Desde hacía ocho meses, la enfermedad de su marido, enfermedad pesada y sin esperanza de alivio, habíala convertido en una hermana de la Caridad. Aquellos labios pálidos y resquebrados por la fiebre no se acercaban á los suyos con el afán del amante... Parecía que habían olvidado besar; sólo sabían quejarse. Las manos de Gabriel, afiladas y amarillentas, no buscaban el cuerpo de la joven para acariciarle. Una fuerza cruel las llevaba al propio cuerpo, al sitio del dolor, cual si quisieran ahogar éste apretándole... Los ojos del enfermo habían perdido su brillo, y el espíritu apasionado no se asomaba á ellos, como si el camino del corazón á las pupilas estuviera envenenado con la miseria de un cuerpo herido de muerte. La sonrisa concluía en mueca; la energía de otro tiempo era debilidad; la voz, lamento; los nervios, cuerdas destempladas; el suspiro de amor, tos de tísico; la intimidad de dos cuerpos sanos y ansiosos de placer, cuidados de enfermera y quejas de moribundo... Lo dicho: era muy triste.

Además... Margarita no había nacido para semejante tarea...

Su espíritu alegre é inquieto pedía otra cosa, como también la pedía su cuerpo. Al principio asistió á su esposo con esa especie de entusiasmo que da la esperanza; pasaron días y meses, y el enfermo peor; con lo que Margarita sintió el peso de una cadena que la unía á aquel hombre, medio muerto y descontentadizo.

De este modo, y por sus pasos contados, al afán substituyó el aburrimiento... Siguió cuidándole, pero como una máquina; con algo de ese sonambulismo que no piensa, que no se afana, que embota el cerebro, y que deja la sensación de una extrema laxitud, de un infinito cansancio.

Al llegar el verano, los médicos enviaron á Gabriel á las aguas de N..., prodigiosas para aquellos casos... Y allá iban los dos. El marido, recelando su próximo fin; la mujer, hundida por su deber, cumpliéndole hasta lo último; sin entusiasmos, como una autómatas: pareciéndole que acompañaba á un cadáver.

La enfermedad daba á Gabriel una extraña clarividencia. Desde algún tiempo estudiaba en silencio los estragos que aquélla hacía en su cuerpo... y en el alma de su mujer. Todas las transformaciones por las que ésta había pasado, fueron presentándose ante sus ojos de un modo claro, evidente. Veía en su cerebro sus pulmones

deshechos, podridos y el alma de Margarita más podrida aún... Veía dos muertos...

Ya era casi de noche cuando el tren se detuvo en una estación.

La parada sería larga, según indicaba la guía. Muchos viajeros se apearon, dirigiéndose á la fonda.

—¿Tienes apetito? ¿Quieres algo?—preguntó Margarita á su marido.

—Apetito, ninguno. Debilidad, mucha—respondió éste.—Tomaré una taza de caldo.

—Voy á mandar que le traigan.

—No—dijo Gabriel, deteniendo con un ademán á Margarita, que se disponía á llamar á un mozo.—Bajaremos nosotros... Tengo las piernas entumecidas y deseo andar un poco... Además, tú tienes que comer...

—Bueno; como quieras—respondió Margarita.

Ayudado por ésta levantóse Gabriel y bajó. Ambos se dirigieron hacia la fonda. Gabriel sorbió un poco de caldo; Margarita comió con apetito. Volvieron al coche. El primero, embozado hasta los ojos y tiritando por el frío de la fiebre. Era la hora del recargo.

Al abrir la portezuela, Gabriel hizo un gesto de disgusto. Había gente. En mitad del departamento, y, de pie, un hombre alto, robusto, joven aún. Junto al sitio que Gabriel había ocupado, una mujer. Nada podía juzgarse de su cara, por llevarla cubierta con un tupido velo; ni de su figura, por estar arrebujada en un amplio abrigo. El hombre dió las buenas noches á los dos esposos. La mujer no dijo nada. Ni se movió siquiera. Parecía dormir.

Sin desembozarse sentóse Gabriel en el mismo lugar que antes, y junto á la viajera. En el extremo opuesto, Margarita. El hombre permaneció de pie, agarrado á la barra de la rejilla.

Poco después el tren se puso en marcha.

El viajero había notado los esfuerzos que le costó á Gabriel subir al coche, y la ayuda que para conseguirlo le prestó Margarita. Vió después oprimir el embozo á su cara, tiritar de frío, y le miró un momento con cierta lástima, apretando con fuerza la barra de la rejilla, y levantando el pecho como hombre á quien satisface el vigor de sus músculos y la fuerza de su sangre, al verse ante un ser enclenque, sin alientos



que le hace apreciar por contraste el valor de una salud poderosa. Después miró á Margarita, y allí se quedaron sus ojos por largo tiempo, brillantes de deseo y de codicia.

La mujer movióse al fin, y como si el velo la molestase, descubrió el rostro. Estaba éste muy pálido y con la demacración del de una



muerta. Al verle Gabriel, dejó escapar un grito, y con un movimiento rápido bajó el embozo. Volvió entonces la mujer la cabeza y enrojeció un poco, avanzando el cuerpo como sorprendida y afanosa. Y el ruido del tren ahogó estas dos exclamaciones que salieron de los labios de la desconocida y de Gabriel:

—¡María!...

—¡Gabriell!...

Por la mente de ambos pasó toda la historia de sus amores de colegiales. Una historia baladí, tal vez olvidada, pero que revivía como si fuere de pocos meses antes. Mucho tiempo ha-

bía transcurrido desde entonces; la enfermedad y los pesares habíanles desfigurado, y no obstante, un momento y la débil luz de la lámpara del vagón habían bastado para que se reconocieran, más aún, para hacer surgir un pasado lleno de esperanzas, de proyectos, de niñerías, sí, pero ¡qué hermosas! ¡qué poéticas!

Un brusco movimiento del tren les volvió á la realidad. Se vieron pálidos, febriles, doloridos... A los ojos de María asomó una lágrima.

—¡Pobre Gabriell!—murmuró. Y acercándose á él añadió en voz baja:

—¿Qué tienes? ¿Estás enfermo, verdad? También yo... Viviré poco... muy poco...

Y sin que su pudor sufriera por aquella solicitud y aquel arranque que declaraba la instantánea resurrección de un amor pasado, con la triste franqueza de un moribundo que deja escapar con la vida los secretos más hondos de su alma, le dijo:

—¿Te acuerdas, Gabriel?

Sí, el pobre se acordaba de todo. De sus juramentos mutuos, de sus miradas ardientes, de aquellos proyectos para el porvenir, entre los que se contaba el delicioso viaje de novios... Irían á París, á Londres, muy lejos, y muy solos. Nunca pensaron que le harían en las circunstancias de ahora.

La tristeza de aquellos recuerdos absorbíales hasta el punto de hacerles olvidar á sus acompañantes. Estos, por su parte, tampoco se preocupaban mucho de los de enfrente. El viajero se había sentado junto á Margarita, dirigiéndole algunas frases aisladas y sin interés al principio, más frecuentes y de mayor sustancia después. Acercábase á ella cada vez más. La joven llegó á sentir el calor de la rodilla del viajero junto á la suya. Se puso pálida primero, roja hasta la raíz del pelo en seguida. Inició un movimiento de retirada; pero, como vencida por aquel calor intenso de la carne del hombre,

permaneció inmóvil, gustando de aquel placer, casi olvidado, y cuya ansia se despertaba de nuevo en su sangre, como los recuerdos en las almas de los dos enfermos. María y Gabriel vieron al fin lo que pasaba. Adivinaron el afán de aquellos dos seres, condenados á vivir junto á dos cuerpos medio hundidos en la nada, é impotentes para seguir el rumbo de aquellas naturalezas ardientes que se rebelaban contra su destino.

—¿Es tu mujer?—preguntó María únicamente.

—Sí—respondió Gabriel con un mohín de disgusto.—¿Y ése?...

—Sí... mi marido—respondió María.

Y no hablaron más de ellos.

.....
Dos horas después el tren se detenía en la estación de Z... El esposo de María se levantó. Allí terminaba su viaje. Los médicos habían aconsejado á la enferma la estancia en aquel sitio, muy sano por sus condiciones climatológicas. Ayudada por su esposo bajó María. Gabriel y Margarita permanecieron en la ventanilla viéndoles alejarse. María y su esposo volvían de vez en cuando la cabeza para saludarles.



El saludo del hombre parecía decir á Margarita:

—¡Hasta la vista! ¡Ya nos encontraremos!

El de María parecía decir á Gabriel:

—¡También nosotros!...

El tren volvió á ponerse en marcha. Apartóse Gabriel de la ventanilla y se dejó caer en su asiento. Mirando después á su mujer, que volvía al suyo, pensó sin despecho, sin ira, sin asombro:

—Es una ley natural. El cuerpo hermoso y sano experimenta repugnancia por el cuerpo dolorido y marchito, como el alma pura siente asco por el alma infame. Hasta ahora, mi mujer sentía solamente cansancio en el cumplimiento de su deber. Pero al contacto del hombre sano ya el cansancio es odio... ¿Qué tiene esto de extraño? ¿No la odio yo también desde que he sentido el roce de un alma honrada?

Luis de Ansorena.

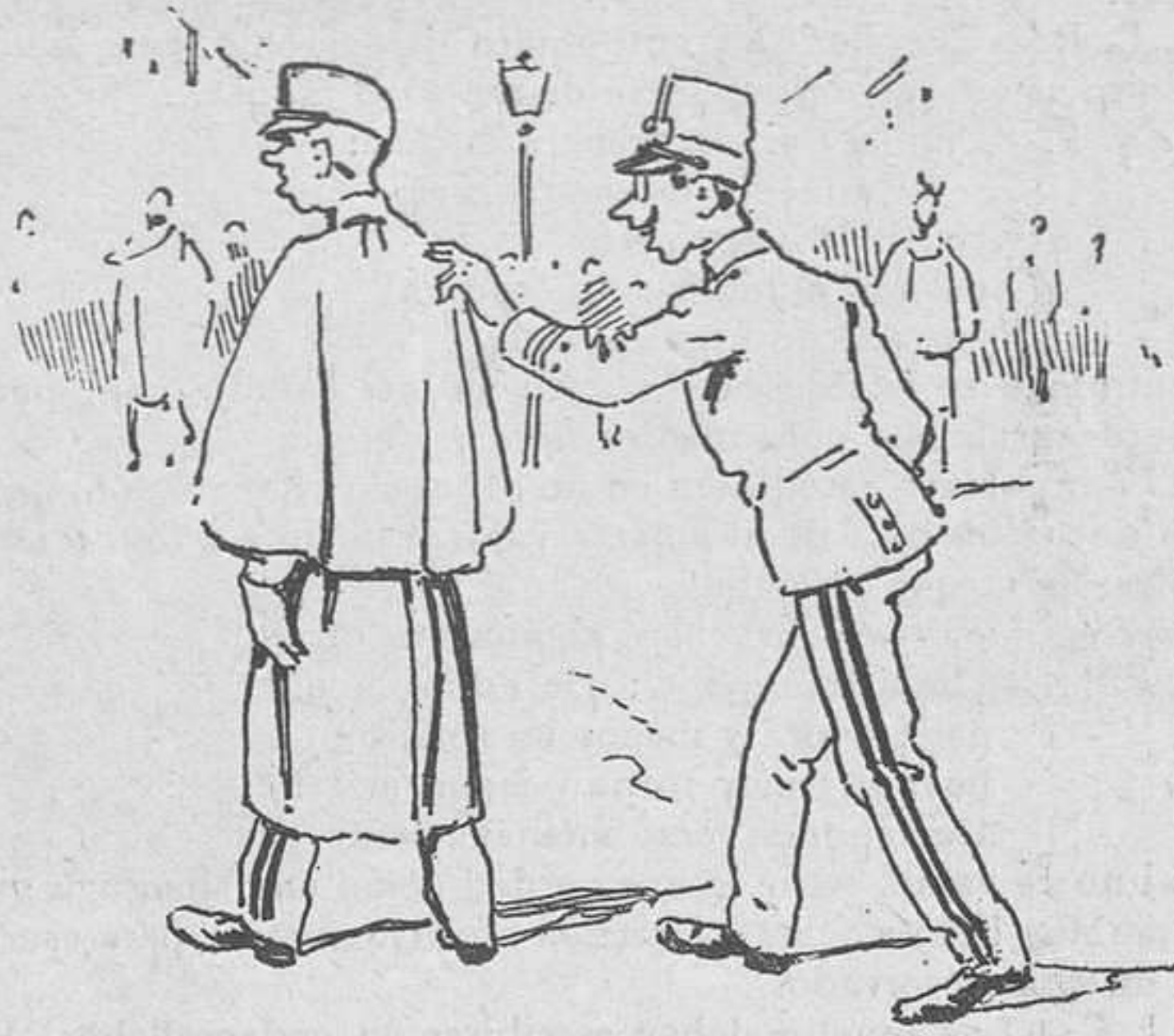
El corto de vista.



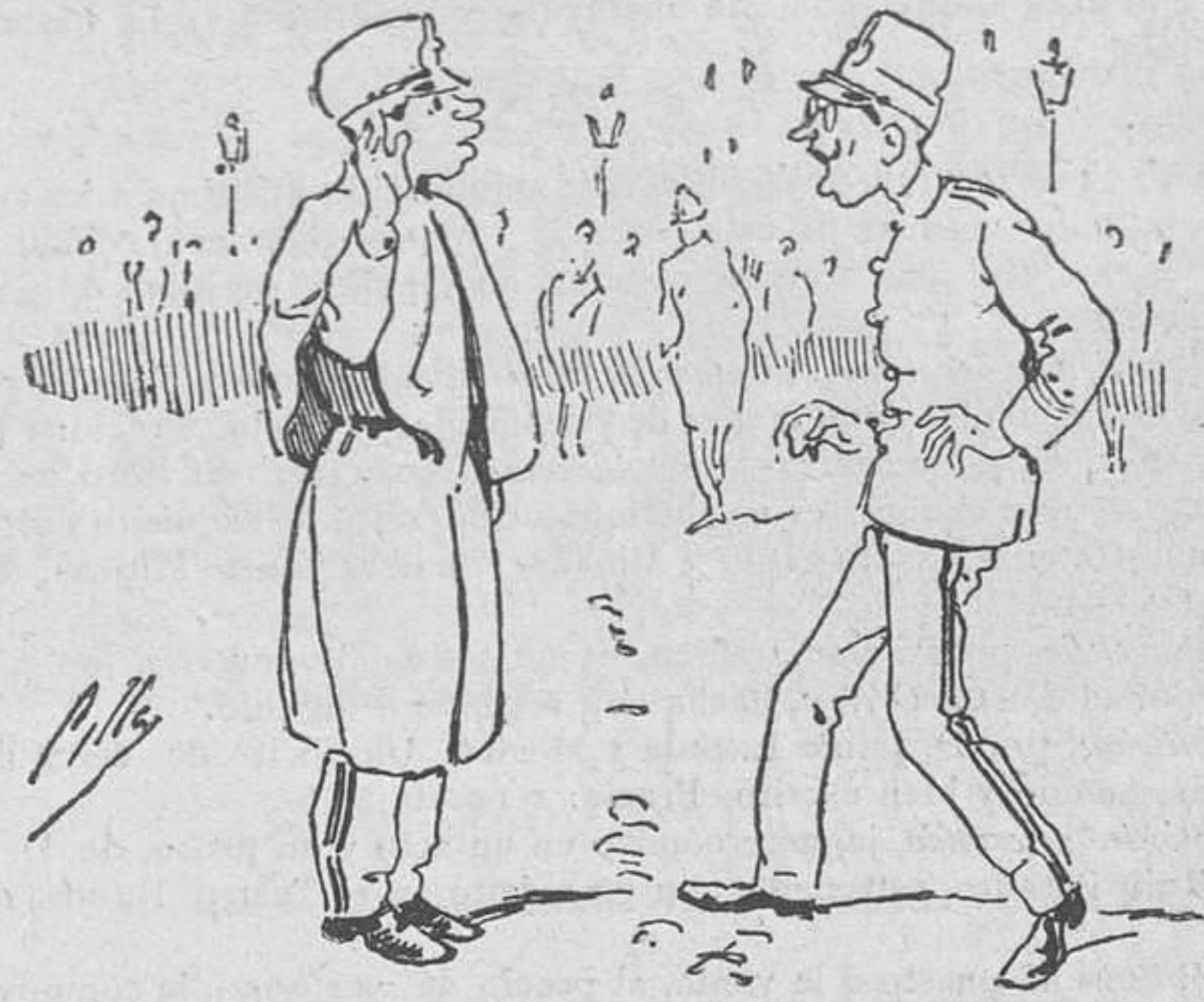
—¡Vaya un talle! ¡Vaya un garbol! ¡No puede menos de ser guapa como ella sola!



—¡Anda! ahora son dos. ¿Cuál será la mía? ¿La de la derecha ó la de la izquierda? Debe ser la de la izquierda.



—Pues, ea, yo me lanzo. Oiga usted, prenda.



—¡A la orden, mi teniente!

EN CAMPAÑA (1)

El enemigo, de soberbia ciego
por el triunfo obtenido en cien peleas,
llevaba la invasión á sangre y fuego
talando bosques y arrasando aldeas.

Y entre el ronco tronar de los cañones
la nación, casi exhausta, en la agonía
mandaba á combatir cuantos varones
pudieran defenderla todavía.

Así, á escape, en las ansias de la muerte,
se formó un batallón en el hospicio,
con lo que había allí: carne del vicio
destinada á las burlas de la suerte.

Y allá fué, para colmo de desgracias,
cargado con pesadas fornituras,
el confuso montón de criaturas
tristes, enfermas, harapientas, lacias.

Quando todos sentían en los huesos
el frío del pavor, un ayudante
llegó y dijo al pasar:—¡Pronto! á ver, esos,
¡carga á la bayoneta y adelante!

Y añadió el coronel:—¡Pensad, soldados,
de la patria en los vínculos sagrados;
que vuestro triunfo esperarán ansiosas
las madres, las hermanas, las esposas,
las amantes doncellas
que aquí os envían á morir por ellas!..

Temblaron los fusiles en las manos.
Sonrió con irónica amargura
el batallón entero de hospicianos...
y se lanzó á buscar la sepultura.

Sinesio Delgado.



Hacia mucho tiempo que los señores
aficionados á leer gratis MADRID CÓMICO
no nos le birlaban en Correos.

Pero no hay bien ni mal que cien años dure.
Ahora hemos vuelto á las andadas, y en estos últimos quince días se han
perdido una porción de paquetes y bastantes ejemplares sueltos.
¡Gracias á Dios que se ha restablecido la normalidad!
Ya estoy contento como unas castañuelas.

(1) Del libro *Almendras amargas*.

En vista de lo bien que se portaron los concejales con la nevada anterior, la Divina Providencia ha tenido el buen acuerdo de enviarnos otra de primer orden cuando menos la esperábamos.

Estamos, pues, en el mejor de los mundos posibles.

Fíjense ustedes en que, en cuanto se comete un atentado por la dinamita (cosa que va siendo el pan nuestro de todos los días), la policía emprende una campaña vigorosa contra los enemigos del orden social, y al poco tiempo los periódicos nos participan que están cogidos todos los hilos y que de un momento á otro se van á acabar definitivamente esas bromas.

Guillotinaron á Vaillant, y vino la explosión del hotel Thermimus; cogieron al autor, y estallaron otro par de marmitas en la calle de Saint-Jacques y en el hotel Esperanza.

Lo que prueba una cosa.

Que la policía tiene los hilos, y los anarquistas tienen las bombas.

Y que las leyes de represión dan resultados excelentes.

El picapleitos Martí,
que ni un asunto ha ganado,
decía: «Como abogado
valgo yo doble que Pi.»
—Dices una gran verdad,
contestó con guasa Cleto.
¡Tú eres un pipi completo,
y Pi solo es la mitad!

J. SANJUÁN Y CAVA.

Pues señor, no nos entendemos.

He tenido la desgracia de volver á enterarme, por una revista de salones, de que la señora Pardo Bazán leyó un cuento *plagado* de bellezas.

Y aunque me lo digan frailes descalzos, yo no me convenzo de que las bellezas sean una plaga en ninguna parte.

Pero ¿qué le vamos á hacer? ¡Habrà que rendirse á la evidencia!

Un malicioso dudó
de la virtud de Librada,
y Juan, su esposo, exclamó:
—¡Va mi cabeza apostada!
Salió Librada un demonio,
y ayer, con gran extrañeza,
vi á Juan en el manicomio.
¡Ha perdido la cabeza!

PASCUAL MONTAGUT.

Con motivo del estreno del sainete *La verbena de la Paloma*, de Vega y Bretón, se han recordado por esas gacetillas de Dios triunfos parecidos de nuestro insigne sainetero.

Un revistero le llama ilustre autor de *Los baños del Manzanares*, *Pepa la frescachona*, *El Manolo*...

Y juro á Dios que me parece que *El Manolo* es del mismísimo D. Ramón de la Cruz, que vestía y calzaba.

Y por eso precisamente tiene una calle... donde Cristo dió las tres voces.

En un día tu cariño
¡qué transformación tan grande!
tanto ¡ven! por la mañana,
tanto ¡vetel! por la tarde!

EDMUNDO DE C. BONET.

Severo Torelli, drama en cuatro actos de Coppée, arreglado por Fernández Shaw, ha gustado extraordinariamente en el Español.

Y después de hacerlo constar así, añade un revistero de teatros que la torre de Pisa está demasiado ladeada *hacia un lado*.

Lo cual, si bien se mira, tiene poco de particular.

Más chocante sería que se ladeara hacia los dos lados á la vez.
¡Y entonces sí que sería una maravilla, y vendrían á verla hasta de la Patagonial

Libros:

Método de corte y confección. Elegante publicación utilísima á las señoras, por la notable modista de esta corte D.^a María Guerrero. Al libro, que contiene explicaciones precisas y claras, acompañan multitud de patrones y dibujos. Precio: 15 pesetas.

Resignación y heroísmo, poema de D. Emilio Chicote y Casaña, que revela en él excelentes condiciones de versificador y poeta. Precio: 1 peseta.

Buscapiés, sátiras y críticas, por *Ahriman.* Basta leer este libro para convencerse de que el autor es un distinguido literato, de exquisito gusto, que lo demuestra en elegante estilo y atinadas observaciones críticas. Precio: 2 pesetas.

La diligencia, poema humorístico, parodia del *Tren expreso,* de Campoamor, por el *Doctor O'Kon,* hecha con verdadero ingenio.

Cuentecitos, por D. Jaime L. Solá y Mestre. Un librito de cerca de 100 páginas, ameno y bien escrito. Precio: 1 peseta.

Pronóstico reservado, juguete cómico en un acto y en prosa, de D. Francisco Roig Bataller, estrenado con gran éxito en el Teatro Ruzafa, de Valencia.

El Folletín ha puesto á la venta, al precio de una peseta, la conmovedora novela de Federico Soulié *El maestro de escuela.* Tiene 232 páginas y le ha salido al suscriptor á treinta céntimos. Fuencarral, 119, Madrid, y principales librerías.

Un libro útil, y por consiguiente indispensable, es la *Gua comercial de Madrid,* que acaba de publicar la casa editorial de Bailly-Bailliére é Hijos, de Madrid. No queremos recomendar un libro que se recomienda por sí sólo, pero sí aconsejamos á los hombres de negocios que lo examinen, y no dudamos que lo considerarán como una publicación de primer orden, por los inmensos servicios que puede prestar diariamente á todas las clases de la sociedad. El plan de la obra es tan inmejorable, y su precio tan módico, que todos deben poseer este libro. Cuesta 5 pesetas.

Tesoro epigramático, novísima compilación de epigramas y composiciones cortas del género festivo, originales de nuestros más notables poetas, por D. Felipe N. Curriolls, obra ilustrada con retratos de los autores y profusión de grabados intercalados en el texto. Hemos recibido los tres primeros cuadernos, que se venden á 25 céntimos cada uno.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Sr. D. V. P.—No me gusta, por la forma, la moraleja final. Debía haber sido una humorada graciosa, puesto que el asunto se prestaba á ello divinamente.

Batuta y C.^a—¡Lástima de cartulinas azules! ¡Y qué mal empleadas!

Sr. D. L. G.—Eso es; todo por una mujer, y todo muy malo, que es lo deplorable.

Sr. D. L. R.—El epitafio es un poquito irreverente con los difuntos. Porque mire usted que despepitarse de amor en la fosa...

Sr. D. F. P.—Empieza así la primera décima:

«En medio del mar bravío
refleja la blanca luna
cuando montañas de espuma
juegan con frágil navío.»

Y mientras no se establezca el socialismo del Estado no se puede considerar verdaderamente consonantes *luna y espuma.*

El tío Vicht.—Hace usted bien en no esperar remuneración, porque eso de que la noche obscura dé al amante valor, astucia y *tristura* no permitirse hacerse ilusiones, ¡qué caramba!

Un pobre porfiado.—Aprovecharé alguna que otra.

Sr. D. P. M.—Resistete, papel; que de mi mente nada saldrá y menos un soneto, pues soy muy torpe y jamás acierto á componer verso medianamente.»

Lo cual no es verso, pero es una verdad como una sinagoga grande.

Golpea.—Muy bonita y muy divertida efectivamente... para escrita en la pared de un sitio reservado.

Sr. D. J. C.—Los sonetos deben escribirse en endecasílabos. Los cuales endecasílabos deben tener once sílabas precisamente.

Tato.—Es inocente como una florecilla. Y, por lo tanto, contrasta demasiado con el asunto la forma *asas* levantada.

Canarios.—No están mal... para un libro en que haya muchos; pero así, como muestra, resultan un poquito vulgares.

Sr. D. T. C.—«Aurora, *echicera* beldad,
escucha por corto instante...
No se puede seguir adelante,
¡se lo digo con formalidad!

Marramiau.—¡Qué coincidencial! Lo mismo exactamente se le hubiera ocurrido á una calabaza.

Cuzco.—¡No! Primero me fusilan.

Sr. D. M. R.—¿Y me va usted á mandar una cada semana? ¿Y todas van á ser por el mismo estilo? ¡Ah, crueldad inaudita!

Mister Smith.—Contestación sí merece; pero poco halagüeña, por desgracia. Porque eso es no decir nada absolutamente.

Garnith.—Ni eso tampoco.

Mis cantares.—Son dos y... no puedo aprovechar ninguno.

M. M.—Se publicará uno.

Sr. D. J. S. C.—Lo mismo digo. Es decir, que se publicará otro.

Rafaelo.—En mi vida me he visto en tal aprieto...

¡Qué triste y qué... mediano es el soneto!

P. Sadilla.—Son seis versos, y los seis están bien medidos. Ya tiene usted la curiosidad satisfecha.

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO É ILUSTRADO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

En provincias no se admiten por menos de seis meses y en el extranjero por menos de un año.

Empiezan en 1.^o de cada mes, y no se sirven si al pedido no se acompaña el importe.

Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

PRECIOS DE VENTA

Un número corriente, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Peninsular, 4, primero derecha.

Teléfono núm. 2.160.

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS DE DIEZ Á CUATRO

GRANDES DESTILERÍAS MALAGUEÑAS

COGNACS SUPERFINOS



JIMÉNEZ Y LAMOTHE
MÁLAGA—MANZANARES

HIGIENE DE LA CABEZA

Agua de Quina Palomar.



El Agua de Quina Palomar no tiene rival. Es el mejor tónico y reconstituyente del cabello y el único remedio que conserva perfectamente limpia y perfumada la cabeza sin perjuicio de la salud, como acontece con otras.

Esta preparación es tan pura y excelente que su superioridad es reconocida por todas las personas que tienen necesidad de

hacer uso de aguas higiénicas para la cabeza.

Frascos desde 1 peseta á 6 pesetas.

Puntos de venta: Fuencarral, 27, principal derecha.
Perfumería.

Por mayor: MELCHOR GARCIA, Capellanes, 1 duplicado.

CHOCOLATES Y CAFÉS

DE LA

COMPAÑÍA COLONIAL

TAPIOCA, TÉS

50 RECOMPENSAS INDUSTRIALES

DEPÓSITO GENERAL

CALLE MAYOR, 18 Y 20
MADRID

MADRID 1894.—Imprenta de los Hijos de M. G. Hernández, Libertad, 16 dup.^o
Teléfono 934.